

+4
A la Academia de
La Historia

Pedro Leturia

GIAN MARÍA MASTAI EN MONTEVIDEO,

ó

PÍO IX EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA



"Razón y Fe"
Marzo de 1933
MADRID



Gian María Mastai en Montevideo, o Pío IX en la América española

Buenos Aires y Santiago de Chile han sido las ciudades en que hemos concentrado la atención en los anteriores artículos sobre la misión Muzi (1). Vamos a dedicar el presente a la capital del Uruguay, en la que el primer Delegado pontificio en la América española hizo la tercera estación de su dolorosa pero histórica jira. Llegó a ella Mons. Muzi el 4 de diciembre de 1824, cinco días antes de la batalla de Ayacucho, y no la abandonó hasta dos meses más tarde, al embarcarse para Gibraltar y Roma el 18 de febrero de 1825 (2).

No obedeció aquella visita a un encargo especial de la Secretaría de Estado de León XII: la misión había sido destinada a los territorios de la América española que conservarían la recién afirmada autonomía, no al Brasil ni a tierras de él dependientes (3): y es bien sabido que Montevideo y la provincia Cisplatina se hallaban aquellos años bajo la soberanía imperial de Río Janeiro (4). Pero precisamente esta circunstancia hacía entonces de Montevideo un abrigo especialmente apropiado para los designios del vicario apostólico. Fracasado el fin principal de su misión, tanto en Chile como en Buenos Aires, juzgaba que le era indispensable abandonar América y presentarse al Sumo Pontífice para informarle urgentemente de la triste situación en que se hallaba la Iglesia

(1) Cf. RAZÓN Y FE, 99 (1932), 334-345; 100 (1932), 28-44. En este segundo artículo se ha de corregir el yerro Cochimbo por Coquimbo.

(2) Cf. G. SALLUSTI, *Storia delle Missioni apostoliche dello Stato del Chile...* Roma, 1827, IV, págs. 141, 201.

(3) Cf. las instrucciones en RAZÓN Y FE, 100 (1932), 339-340.

(4) Lo recordó SALLUSTI al describir la primera llegada a Montevideo en enero de 1824, *ob. cit.*, II, págs. 22-23.

en las nacientes repúblicas. Por otra parte, necesitaba ultimar un gran número de negocios de su misión antes de emprender el viaje, y le era por tanto forzosa una escala americana bien segura. Imposible hacerla en el puerto de Buenos Aires, aunque le cogía en el camino de Valparaíso a Europa. La razón nos la dan estas palabras del canónigo Mastai (futuro Pío IX), escritas desde Santiago al cardenal della Somaglia el 3 de julio de 1824: "como nuestra misión es obra de Dios, desagrada al infierno y a sus ministros, entre los cuales el principal en Sur América es el señor Bernardino Rivadavia, ministro de Estado en Buenos Aires" (5).

Descartada la capital de la Argentina, se presentaban dos posibilidades: o *Lima*, hacia la que había esperado llevar al vicario del Papa el representante de Bolívar en Santiago, don Juan Salazar (6), o *Montevideo*, que además de quedar en la ruta de regreso a Roma, y tener buenas comunicaciones con Argentina y Chile, había dejado apacible recuerdo en Muzi

(5) "Qualunque opposizione però non dove sgomentare, mentre si sa che tutte le opere di Dio debbono sperimentarla: e siccome quella è tale, dispiace all'Inferno e ai suoi Ministri, frai quali il principale in Sud-America è il signor Bernardino Rivadavia, ministro di Stato in Buenos Aires." Mastai al cardenal della Somaglia, Santiago, 3 julio 1824, en *Arch. Vat. Arch. Aff. straord. Busta 2* (2). Claro está que esta persuasión de Mastai, que era también la de Mons. Muzi y la del P. Pacheco, no ha de impedir que, en un estudio profundo de todas las fuentes de aquella época, se la compare con las afirmaciones del Dr. RÓMULO CARRIA, *Rivadavia y la Iglesia*, en "Criterion", 237 (1932), 251-252, el cual presenta al prócer argentino a luz muy diversa.

(6) He aquí un trozo del despacho del cónsul peruano a Mons. Muzi, de 14 de octubre de 1824, que hemos hallado en *Arch. Aff. str. Busta 2* (1): "El infrascrito, ministro plenipotenciario del Perú, instruido de que el Ilmo. señor Vicario Ap. de Chile ha resuelto regresar a Roma, y obtenido los correspondientes pasaportes, tiene el honor de significar a V. S. I. su profundo sentimiento por la ausencia de un prelado que, a su alto carácter y representación de Vicario del Santísimo Padre, Cabeza de la Iglesia, Centro de todos los fieles, reúne la de sus eminentes virtudes personales, que le atraen el respeto y estimación universal.—El ministro esperaba que mejorara la situación política del Perú, y recobrada su capital, en consecuencia de la gloriosa campaña que con tan prósperos sucesos ha abierto S. E. el Dictador, tendría Lima el inestimable consuelo de recibir en su seno al Ilustrísimo Sr. Vicario, y aquellas iglesias la pura satisfacción de tributarle en su persona al Santo Padre las muestras más religiosas y cordiales de su amor y gratitud; participando igualmente de los beneficios dispensados a esta República en las amplísimas facultades de que el Ilmo. Sr. Vicario venía revestido.—Desgraciadamente, el próximo regreso de V. S. I., por el cabo de Hornos, priva al Perú de tan grandes bienes", etc...

y sus compañeros desde que tocaron allí, un año antes, la primera tierra americana (7).

Los informes que Muzi y Mastai tenían del libertador no eran desfavorables. No sólo habían recibido la atenta carta de su ministro de despacho D. José Sánchez Carrión, de 13 julio 1824 (8), sino que contaban con otras confidencias de los colombianos Agustín Gutiérrez y Manuel Sala y del peruano Juan Salazar. He aquí cómo exponía el mismo Muzi esas referencias en carta al cardenal secretario de Estado del 12 de abril de 1824: "[Bolívar], de millonario que era, se halla ahora en gran estrechez económica por los enormes gastos sufragados por su patriotismo. Se me dice que es un buen católico... Goza de mucho crédito entre los ingleses, por lo que han dado éstos en interés mucho millones a la república de Colombia y al Perú" (9). Sin embargo, Muzi no pensó jamás en embarcarse para Lima. Abrigaba, no sin fundamento, temores de graves complicaciones con el dictador (10); fuera de eso, no se había decidido aún en el Perú la lucha definitiva entre realistas y patriotas, y sus instrucciones le prohibían expresamente hacer uso de sus facultades y carácter donde o se ejerciera aún, o hubiera probabilidad de ejercerse pronto la soberanía real (11). Determinóse, por tanto, por Montevideo. La misión pontificia se dirigió hacia aquella caballerosa ciudad en un barco genovés llamado "La Colombia", zarpando de Valparaíso, para el estrecho de Magallanes, el 30 de octubre de 1824 (12).

Las esperanzas puestas en Montevideo se vieron cumplidas. Autoridades y pueblo compitieron en agasajar al repre-

(7) Cf. SALLUSTI, II, 25.

(8) Cf. P. LETURIA, *Bolívar y León XIII*. Caracas, 1931, págs. 57-61.

(9) Por cierto, que la carta está escrita por Mastai y sólo la firma es de Mons. Muzi. La signatura la hemos dado en nota 5. A esa signatura se referirán las otras piezas inéditas que aduzcamos del Arch. Vat.

(10) Cf. en RAZÓN Y FE, 100 (1932), 41, los sentimientos de Mons. Muzi sobre las dificultades de acudir a Lima aun después de la batalla de Ayacucho. Ese texto, y los otros que acabamos de presentar, completan la exposición, por lo demás sugestiva y profunda, de la recentísima obra de RAIMUNDO RIVAS, *Escritos de Don Pedro Fernández de Madrid*, Bogotá, 1932, pág. 431 ss., en la que se hace la historia de las relaciones de Bolívar y la Santa Sede con mucha más detención y profundidad de lo que permite esperar el título de la misma.

(11) Cf. RAZÓN Y FE, 99 (1932), 339-340.

(12) SALLUSTI, *ob. cit.*, IV, 123, 128.

sentante del Papa, y aun le instaron por prolongar allí su demora hasta recibir instrucciones de Roma (13). Gracias a ello, monseñor Muzi pudo comunicarse aquellos dos meses libremente con Salta, con Córdoba, con Buenos Aires, con Santiago de Chile; tomó en ambos foros medidas jurisdiccionales de gran valor para las iglesias de Argentina y Chile, y sobre todo escribió e hizo imprimir su "Carta Apologética" que, colocada en la línea divisoria entre el antiguo Imperio español y las modernas repúblicas hispanoamericanas, constituye uno de los documentos básicos en la Historia de las Iglesias de América (14).

No es, sin embargo, ese aspecto, ya bastante conocido, el que quisiéramos iluminar ahora con nuevas fuentes del Archivo Vaticano. Preferimos recoger sencillamente las impresiones que de la ciudad de Montevideo y de sus alrededores y provincia llevó consigo a Roma el canónigo Mastai, aquel compañero de Mons. Muzi, que un día había de sobreponerse y eclipsar al vicario apostólico y a la misión misma con el nombre de Pío IX. Esas impresiones las retrató Mastai, cuando aún estaban recentísimas, en una carta al cardenal della Somaglia, escrita desde Gibraltar el 5 de mayo de 1825, y que hemos hallado en el Archivo Secreto de la Congregación de Negocios eclesiásticos extraordinarios. Pero antes de reproducirla, vamos a recoger algunos otros datos sobre el espíritu con que el joven canónigo hizo aquel viaje apostólico y un sí es no es romántico, franja tal vez la menos estudiada y conocida de su vida (15).

I.—IMPULSOS MISIONEROS

Cuando, joven de treinta años, fué Mastai elegido en 1823 para la misión de Chile, se le conocía en Roma bastante como

(13) Cf. *ibid.*, pág. 193; y FRANCISCO DURA, *Misión para Hispano-América... de Mons. Juan Muzi*. Buenos Aires, 1924, págs. 193-195.

(14) No creemos se conozca todavía el texto original latino de esta carta. Las reproducciones que corren son de la traducción castellana, impresa en Córdoba de Tucumán por orden del mismo Vic. Ap. El texto latino, escrito, por cierto, todo él de mano de Mastai, esperamos publicarlo en otra ocasión.

(15) Vese bien en la reciente biografía de EDOARDO CLERICI, *Pío IX, Vita e Pontificato*, Milano, 1928, págs. 24-27.

director del popular instituto y hospicio "Tata Giovanni". No habían sido la beneficencia y el sacerdocio sus primeros ideales, pues es bien sabido que un ataque epiléptico, que sufrió años antes junto aquel mismo hospicio-instituto, hizo que no se admitiera en el Vaticano su súplica de entrar en la "Guardia noble" pontificia (16). Este desengaño, y otra repulsa semejante que hubo de padecer en la Dataría apostólica, le empujaron suavemente hacia el altar y hacia el apostolado con los niños pobres. A las dotes de virtud y carácter desplegadas en el "Ospicio dell'Assunta" de Tata Giovanni, se juntaron ya entonces ráfagas llamativas de elocuencia en sermones de la iglesia de San Carlos y en una misión tenida en 1822 en su ciudad natal de Sinigaglia (17).

El estudio más profundo de la juventud de Juan María, obliga a añadir a esas dos prendas de su personalidad otra de gran importancia: la atracción que en él ejercía la vocación de misionero. Aun antes de que emprendiese el viaje a América, el joven Mastai se había hecho inscribir en la "Congregación de Misioneros de la Preciosísima Sangre" (18), fundada durante el pontificado de Pío VII, por obra principalmente del canónigo B. Gaspar del Bufalo (19). La Congregación no se circunscribía sólo a las misiones precisamente de infieles, sino al apostolado movible, tanto entre fieles católicos como entre paganos. Adaptábase, por tanto, muy bien a una misión de carácter mixto, como se consideró en Roma la de Mons. Muzi. Por lo demás, las cartas de Mastai desde Chile nos mostrarán bien pronto que eran precisamente las misiones de infieles las que con más íntimas sugerencias atraían entonces su espíritu.

El fervor y convicción con que abrazó su lejano y peligroso apostolado, nos lo revela un cambio de cartas que sobre este asunto tuvo la madre de Juan María con el secretario de Estado cardenal Consalvi.

Con fecha 18 de mayo de 1823 escribió la condesa doña

(16) Cf. CLERICI, págs. 22-23.

(17) *Ibid.*, pág. 24.

(18) *Ibid.*, pág. 25.

(19) Cf. GARTANO MORONI, *Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica*, vol. 45, pág. 224; vol. 61, pág. 44; MONS. VINZ. SARDI, *Vita del B. Gaspare del Bufalo*, Roma, 1904, págs. 95, 139-166.

Catalina al ministro de Pío VII suplicándole impidiera la partida de su hijo a tierras tan distantes. Su complexión era tan débil y enfermiza, que había bastado para que le eximiera *legalmente* del servicio militar, "que es—agrega—cuanto puede decirse" (20). ¿Qué esperanza podía haber de que venciese los peligros de "pasar la línea" [Ecuador], y de que, aun en el caso de que llegase a América, fuese de fruto a la misión? Además, se le quitaba a ella el único consuelo que en sus recientes desventuras (21) le quedaba, de volver a ver alguna vez a su hijo.

El cardenal se apresuró a contestar a la condesa el 28 de mayo. Recibida la carta, había llamado en seguida a Juan María, y al exponerle las razones contra el viaje a Chile, había recibido de él una respuesta inesperada: contaba ya con el permiso expreso, tanto paterno como materno, para aquella expedición. El que la condesa se hubiera arrepentido del permiso ya dado, lo atribuía a un sentimiento de ternura; pero él, después de consultarlo con personas de doctrina y prudencia, y de implorar del cielo la ayuda conveniente, no creía que pudiera dar de mano a resolución tan santa; "*se muestra—termina Consalvi—decididísimo a seguir la vocación del Señor*". Por delicadeza, sin duda, no rebate el cardenal en su respuesta aquel argumento de la mala salud del misionero. Realmente, no hacía falta: la condesa sabía muy bien que la epilepsia que libró a Juan María del servicio militar, y que hizo necesaria una especial dispensa en su ordenación de sacerdote, había desaparecido totalmente hacía años: el futuro Pío IX lo atribuyó siempre a don especial de la Santísima Virgen (22).

Antes de ponerse en camino, Mastai se despidió del cardenal vicario Anibal della Genga, que muy pronto había de llamarse León XII. Era visita obligada, pues además de haber recibido de él la ordenación sacerdotal en 1819 (23), le

(20) Alusión al servicio militar obligatorio impuesto en 1812 por Napoleón I a las regiones de Italia, y del que Juan María logró eximirse haciendo valer sus ataques epilépticos. Cf. CLERICI, *obr. cit.*, pág. 20.

(21) Como la misma condesa lo dice, era la principal de esas desventuras la reciente muerte de su hermano político el obispo de Pésaro, monseñor Andrea Mastai.

(22) Cf. CLERICI, *ob. cit.*, pág. 24.

(23) Cf. MORONI, *ob. cit.*, *Índice*, vol. 5, pág. 262.

debía también su destino de Chile; fué el cardenal vicario quien le dió el consejo de emprender el viaje y quien le propuso a Pío VII para la misión en calidad de compañero de monseñor Muzi (24). Mastai mismo, al confirmar estos datos en una carta escrita desde Santiago el 3 de julio de 1824, añade que Della Genga le recomendó no dejara de escribirle desde el Nuevo Mundo, informándole sobre la marcha de la misión apostólica. Este es el origen de varias cartas confidenciales que escribió el joven canónigo al nuevo Papa desde Santiago, Montevideo y Gibraltar; y el origen también de la rápida ascensión que León XII preparó a su protegido al regresar de América.

Durante la estancia en el puerto de Génova, el joven misionero se ganó el corazón de otro alto personaje, que un día había de competir con él los votos al pontificado: el arzobispo de aquella ciudad y luego nuncio en París y cardenal secretario de Estado Mons. Lambruschini. He aquí cómo trazaba Lambruschini dos años más tarde la semblanza del compañero de Mons. Muzi: "El buen conde Mastai es un joven lleno de espíritu verdaderamente apostólico; conozco su corazón; me lo descubrió entero en la breve permanencia que hizo en Génova, y puedo decirle, para consolación suya [escribía al cardenal della Somaglia, secretario de Estado], que Dios labra mucho en aquel corazón purísimo y que derrama allí a torrentes el fuego vital de su celeste caridad."

Coincide con esta silueta la que se dibuja en varias cartas de Mons. Muzi: realmente reinó entre ellos íntima armonía, y no es extraño que años adelante dedicase Pío IX, ya Pontífice, a su antiguo superior de la misión de Chile un

(24) León XII lo recordó en la carta escrita al general Fraire el 2 de octubre de 1823: "Quorum primus [Ioannes Maria de Comitibus Mastai], Nobis apprime carus, nostro potissimum consilio ad id munus electus fuit..." En SALLUSTI, *ob. cit.*, III, pág. 12. MAURICIO MAROCCO, en su obra *Della Vita, del Pontificato e del Regno di Sua Santità Papa Pio IX*; Torino, 1863, I, págs. 268-270, reproduce el billete de Mons. Pietro Capranó al minutista de Secretaría de Estado, abate Capaccini (22 abril de 1823), en el que propone, por complacer al cardenal della Genga, que sea Mastai el compañero de Mons. Muzi a Chile. En él hace el siguiente elogio de Juan María: "Pietà singolare e soda, dolcezza di carattere, prudenza e avvedutezza non ordinarie, zelo grandissimo, accompagnato però dalla scienza che in lui si ritrova in abbondanza, ed in fine gioventù, perche debbe essere di pochi anni al di sopra del trenta."

cálido y cariñoso recuerdo. Muy otro es el retrato que en diversos escritos íntimos nos trazó del Mastai de Chile el secretario de la misión, abate Giuseppe Sallusti. Desde los primeros días de su vida en común, en el coche mismo que les condujo de Roma a Florencia, el carácter jovial y juguetón del conde Mastai se atravesó al temperamento presumido y neurasténico de aquel poeta, erudito y matemático, convertido en mal hora en secretario. Ya en la relación impresa de la misión de Chile, hecha por Sallusti, se trasparenta algo esa inquina; donde llega a los límites de la diatriba caricaturesca es en otra memoria inédita, a la que hemos hecho referencia en un anterior artículo de esta misma revista (25).

Pero no es objeto de las presentes líneas hacer la historia de la misión, ni el retrato completo de Mastai en sus diversas y complicadas peripecias. Sólo recordaremos de nuevo que en las cartas que hemos hallado escritas por su pluma desde América, flota sobre las otras impresiones un hálito misionero de delicada espiritualidad, nacido en parte de sus anteriores anhelos apostólicos, pero avivado e idealizado por el contacto de las célebres misiones jesuíticas y franciscanas del Arauca y del Paraguay.

La primera carta escrita al cardenal della Somaglia, y destinada a Su Santidad León XII, es realmente una carta misional. Después de unas cuantas noticias pesimistas de la marcha de los negocios en la delegación apostólica, continúa con estas palabras: "Paso ahora a hablar a V. E. de cosas más conformes a mi genio, es decir, de las misiones de indios, aunque se hallen en la actualidad en un estado más digno de compasión que de complacencias..." Sigue un jugoso extracto de la Historia de las misiones araucanas y de su triste estado presente, y termina así:

"Es este un objeto que merece máxima atención, y quiera Dios que se pueda hacer alguna cosa en su favor. El Gobierno no se ha tomado aún el cuidado de responder a una carta que escribió monseñor el vicario dos meses ha, al ministro de Estado, sobre este y otros puntos. Yo reconozco cada día más mi insuficiencia para esta misión, cuyo desempeño exige prudencia, conocimientos varios, prontitud de espíritu y mil otras cualidades, de las que yo no poseo más que la buena voluntad

(25) Cf. RAZÓN Y FE, 100 (1932), 36.

y el frecuente recurso al Señor para que me asista. De aquí me resulta la tranquilidad de que gozo en este destino, que me parece claro no haber elegido a capricho. Es también una señal de la bondad del Señor para conmigo, la perfecta salud de que disfruto, no menos que la compañía del óptimo monseñor vicario apostólico."

En otra carta íntima, escrita a Mons. Lambruschini, arzobispo de Génova, desde Santiago, el 13 de setiembre de 1824, puntualiza el joven canónigo un poco más los proyectos concretos que a su apostólico espíritu se le ofrecían a la vista de las misiones de indios.

"Precisamente porque el Señor me ha escogido para compañero de este óptimo Mons. Muzi, creería pecar contra las leyes de la prudencia y aun de la justicia, si por dejarme llevar de algunos pasajeros relámpagos de fervor, abandonase esta ocupación para dedicarme a las misiones de indios. Conozco que sería temeridad, por hallarse ahora estas santas misiones abandonadas y privadas del socorro necesario. Cierto, por otra parte, que merecerían se tomase por ellas grandísimo interés... Encomiéndeme de corazón a Dios, para que me quite tantos defectos como tengo y en especial para que me dé ánimo. Reconozco ahora que me faltan casi todas las dotes para una comisión de tanta importancia, y que en la compañía [de la delegación apostólica] soy la rueda que hace rechinar el carro. Por esto algunas veces me desaliento, y no me encomiendo con toda la confianza que debería a aquel brazo poderoso, en el que sé que todo lo puedo."

Estas confiadas efusiones del futuro Pontífice de la jerarquía misional, de la Inmaculada y del Concilio Vaticano, ponen una nota jubilosa y amable en el cuadro melancólico de la primera misión pontificia de América. Ellas explican también por qué el joven canónigo, a quien la protección de León XII y el cariño del arzobispo de Génova permitían entrever un radiante porvenir en Italia, supo renunciar a tan rientes perspectivas, entrando en la idea de Mons. Muzi de consagrarle obispo de Santiago y dejarle en Chile al volver el resto de la fracasada delegación a Roma (26).

Pero hora es ya de volver a concentrar nuestra atención en Montevideo. El ministro de Santiago, José Antonio Pinto, opuso una áspera negativa al plan del vicario apostólico, y así vino Mastai, antes de emprender su rápido ascenso al Tabor y al Calvario del pontificado, a poder reposar dos meses

(26) Cf. lo que dijimos en RAZÓN Y FE, 100 (1932), 32, 37.

en el abrigo de Montevideo, y a poner en contacto su alma generosa de apóstol con las ruinas cercanas de las misiones jesuíticas del Paraguay.

II.—LA CARTA SOBRE MONTEVIDEO

Está escrita en Gibraltar el 5 de mayo de 1825, y en su texto se dice expresamente que la misión había llegado ya a aquel puerto. Debió, pues, de equivocarse Sallusti, al escribir en su libro que el barco entró en Gibraltar el 6 (27). El objeto de la epístola no es la navegación de setenta y siete días que acababan de superar felizmente, aunque Mastai sufrió en ella una terrible enfermedad que le tuvo varios días entre la vida y la muerte (28), sino los dos meses de estancia en Montevideo. Un halo de cariño y agradecimiento a aquella ciudad hospitalaria envuelve la narración, y los precisos datos que el futuro Pontífice recoge en su sobrio boceto, confirman el juicio que la lectura de Sallusti y de otras fuentes imponen al historiador: que fué aquella la etapa más agradable y fructífera de la delegación pontificia en América. Da todavía mayor interés el que durante ella llegó a Montevideo la noticia de la batalla de Ayacucho. La carta toca, por esta causa, argumento tan interesante. He aquí la traducción del texto, que hacemos directamente del original hológrafo del futuro Pontífice:

"Eminentísimo y reverendísimo Príncipe Señor Cardenal Julio María della Somaglia, Decano del Sacro Colegio, Secretario de Estado de Su Santidad.

"Eminencia reverendísima:

"Tuve en el mes de enero el honor de dirigir a V. E. R. una carta que escribí en Montevideo, en la que hacía una sucinta relación de las cosas acaecidas en Chile referentes a la Misión Apostólica, y de los motivos que indujeron a Mons. el Vicario [Juan Muzi] a marcharse de allí. Para mayor seguridad en el envío, entregué dicha carta a un banquero, a fin de que, recomendándola él a su agente de Londres, tuviese éste el cuidado de remitirla a Roma. Perdóneme V. E. R. que me tome ahora la libertad de escribirle nuevamente, después de nuestra feliz llegada a este puerto de Gibraltar.

(27) SALLUSTI, *ob. cit.*, IV, pág. 206.

(28) *Ibid.*, IV, pág. 203.

"Nuestra demora en Montevideo ha durado desde el 4 de diciembre de 1824 hasta el 18 de febrero del año corriente. Todo este tiempo, esperando a que la nave estuviese pronta a darse a la vela, hemos estado en casa del párroco señor Dámaso Larrañaga, el cual, desde el momento de nuestra llegada, quiso que el Vicario de Su Santidad fuese huésped suyo (29). Monseñor [Muzi] ha trabajado mucho en administrar el sacramento de la Confirmación a aquellos buenos habitantes, que venían de muchas leguas de distancia para ser partícipes de este beneficio espiritual. Nuestra marcha tuvo lugar a una hora incómoda, pues fué a las tres de la tarde, cuando el calor se hace más molesto; sin embargo, no impidió que una multitud de pueblo acompañase al Vicario de Su Santidad hasta el muelle, y que se despidiese con lágrimas de él, pensando que hacía veinte años no habían visto un obispo (30), y que no tenían esperanza de volver a verlo por ahora. Algunas lanchas nos acompañaron hasta el barco, al que fué monseñor el Vicario en la falúa del capitán del puerto, acompañado del escaso clero de la ciudad. Antes de marchar, fuimos a visitar al general Lecor, gobernador de la provincia, el cual había estado ya antes en casa de monseñor, poco después de nuestra llegada (31).

"Montevideo está asentada en una elevación del terreno que avanza a modo de península sobre el río de La Plata. En el mismo río hay una bahía capaz, en la que pueden anclar los más grandes navíos. La forma de la ciudad es la ordinaria en las ciudades de la América meridional, a saber, con las calles en línea recta y con los edificios divididos en otras tantas *cuádras* (32) iguales y cuadradas; la parte que la une al continente está ceñida de murallas. La iglesia matriz es la mejor que he visto en América (33). Además de ella, hay otras dos, la de los franciscanos allí existentes, y la del hospital. Un celoso sacerdote, que es director de la Casa de Ejercicios, procura juntar limosnas para edificar una iglesia pública contigua a esta casa, y creo que saldrá adelante con su plausible intento (34).

(29) Sobre la interesante personalidad de este sacerdote, que, además de párroco celoso, se dedicaba a las ciencias naturales y sabía también dirigir tropas, dan bastantes datos SALLUSTI, *ob. cit.*, IV, pág. 144 ss., y más adelante el nuncio en Río Janeiro MONS. ORTINI en sus despachos a la Secretaría de Estado.

(30) Suponemos que el prelado que, según esta referencia, visitó en 1805 Montevideo, sería Mons. Benito Lúe, obispo de Buenos Aires, el cual hizo, el 25 febrero 1804, relación de diversas cosas de su diócesis a la Congregación del Concilio.

(31) La visita hecha a Mons. Muzi por el gobernador brasileño general Lecor, barón de la Laguna, la recuerda también SALLUSTI, *ob. cit.*, IV, página 156.

(32) El texto italiano dice "isole".

(33) Sallusti lo confirma: "Fra tutte le Chiese dell'America meridionale, vedute da me, non ho trovato altra Chiesa più bella di questa, la quale posta anche nel centro di Roma avrebbe il suo merito particolare." (*Ob. cit.*, IV, pág. 149.) Añade que su planta recordaba la de los Doce Apóstoles de Roma, y su cúpula y parte interior las de San Andrea della Valle.

(34) Bella alusión a la Casa de Ejercicios fundada en Montevideo por

"La ciudad es de fundación reciente, pues las primeras casas no se comenzaron a edificar antes de 1724, viniendo de las islas Canarias algunas familias para habitarlas. Los españoles hacían surtir aquí todos los grandes navios que hubieran debido ir a Buenos Aires, para evitar así el peligro de los bancos que se presentan en la navegación del río de La Plata. Su situación es seguramente interesante para el comercio, haciendo allí escala casi todos los barcos que se dirigen a Buenos Aires, muchos de los que van al Pacífico, y aun algunos de los que se encaminan al paso del cabo de Buena Esperanza; de esta última clase vimos dos de guerra holandeses durante los días que allí estuvimos. Esta misma situación favorable la ha perjudicado, pues ha sido causa de que diversos años se hayan disputado estos últimos años su posesión. Ingleses, americanos independientes, portugueses y brasileños—a los que ahora pertenece—se han sucedido unos a otros en dominarla, y esto con grave daño de la ciudad, en la que muchísimas casas, y aun un barrio entero, han sido derribadas por la artillería en los varios asedios que ha sostenido (35).

"La provincia de que Montevideo es capital, se llama provincia Cisplatina, y la habitan cerca de 50.000 almas, aunque bien podría contener cinco millones. El terreno es fértil y regado por grandes ríos, entre los que son los principales el Plata, el Paraná, el Paraguay, el Uruguay, el río Grande, el río Negro y el río de Santa Lucía; el Miguelete es un río pequeño cercano a la ciudad, a cuyas orillas se extienden las mejores casas de campo de los propietarios. Las hormigas, que en América son casi infinitas, causan grandes daños en el campo, especialmente a los árboles frutales. La langosta, que parecía ser plaga tan sólo de la otra orilla del río de la Plata, ha traspasado este año el límite, y después de haber destruído casi por completo la cosecha en Buenos Aires, ha echado a perder mucho también la de Montevideo. Desde la revolución, va disminuyendo todavía aquella inmensa cantidad de ganado vacuno que cubría los campos, habiendo propietario rico que contaba, hace unos quince años, hasta setecientas mil cabezas (36).

la "Beata de los Ejercicios". Ven. María Ant. de San José, entre 1790-1792, y que perduró en aquella ciudad hasta mediados del siglo XIX. Cf. P. HERNÁNDEZ, S. J., *El extrañamiento de los jesuitas del Río de la Plata*, Madrid, 1908, pág. 299; J. B. COLDERC, S. J., *Une zélatrice des retraites Maria Antonia de San José...* en CBE, 21 (1909), 67-69; C. LEONHARDT, S. J., *Ensayo histórico sobre las Casas de Ejercicios en la Argentina*, en *Estudios*, Buenos Aires, 31 (1926), 216. Se han hecho ediciones parciales de las cartas de la "Beata" por *Letters and Notices*, en Inglaterra, 1872, y en la Argentina, por los PP. GRÉNÓN, 1919; FURLONG, 1929, y BEXUIRISTAIN, 1930. No existe aún una edición crítica completa.

(35) Sin embargo, quedaba aún por reñir una nueva guerra, más larga y fecunda, la que iniciada aquel mismo año de 1825 por el coronel uruguayo Juan Ant. Lavalleja contra el Brasil, terminó en 1828, gracias al apoyo de la Argentina, con el reconocimiento de la independencia del Uruguay.

(36) La cifra en la hacienda "García" está aumentada hasta 1.200.000 entre vacas y bueyes, en SALLUSTI, *ob. cit.*, IV, pág. 173.

"Pocos días antes de nuestra salida de Montevideo, llegaron noticias positivas de la derrota sufrida en el Perú por el general La Serna, virrey, el cual quedó herido y prisionero del general Sucre, jefe de una de las divisiones del ejército del libertador Bolívar; y de la capitulación hecha por el general español Canterac, en la que se entregaba a los independientes la ciudad de Lima, la cercana fortaleza del Callao y todas las provincias hasta el Desaguadero, y se determinaba que todos los barcos de guerra españoles habrían de partir para las Filipinas. A la altura del trópico meridional, encontramos un barco, que al acercárenos enarboló bandera inglesa, y llegado a distancia de poder comunicarnos con la bocina, se conoció que su tripulación era genovesa, y el capitán con la marinería conocidos de los nuestros. Como la mar estaba bonancible, vinieron a bordo dos marineros de la otra nave, y nos dijeron que partidos de Chilca en el Perú, con un coronel del ejército español derrotado, habían hecho escala en el Janeiro. Allí quedaba el virrey La Serna, al que Bolívar había permitido marchar en un barco mercante francés, diciéndose en Chilca—añadían los dichos marineros—que los dos estaban de acuerdo. Esto coincide con la proclama que después de la derrota ha publicado el general Olañeta, la cual comienza así: "El ejército del norte ha sido disuelto en Quinuapata por una traición propia de los llamados liberales. No pudiendo llevar a efecto sus criminales proyectos sobre el soñado imperio y coronación del general La Serna, su mayor venganza ha sido la de sacrificar a los leales que en catorce años jamás habían rendido las armas al enemigo." Continúa luego electrizando al pueblo por la causa del rey, y dice que el mariscal de campo don Pío Tristán estaba próximo a unirse con él con cinco mil hombres. Quiera Dios restituya el orden a América alguna vez, pues su falta acarrea tantos males a la religión (37).

"Las famosas misiones de los jesuitas en el Paraguay, no distan mucho de la provincia de Montevideo. Cuando los portugueses se apoderaron de la provincia Cisplatina, se apoderaron también de la de las misiones, que se componía de cerca de treinta pueblos. En 1817 pasaron al Janeiro los ornamentos y otros utensilios que se conservaban allí desde el tiempo de los jesuitas. Los indios se dispersaron por varias parroquias limítrofes a su provincia, y una parte de ellos ha fabricado una iglesia y señalado un capellán (38).

"Un sacerdote, que el enero pasado se detuvo algunos días en aquel

(37) Esta última frase muestra la neutralidad política de Mastai y su interés por sólo el problema religioso. Y nótese que habla con toda la espontaneidad e ingenuidad de una carta confidencial, no destinada al público.

(38) La exactitud de las referencias de Mastai puede verse confirmada en PABLO HERNÁNDEZ, *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*. Barcelona, 1913, II, págs. 249-258. Nótese solamente que Mastai no habla de las ocho doctrinas del norte de Paraná, sino de las veintidós enclavadas al sur de éste, más cerca de Montevideo. El mismo nos dirá bien pronto cómo existían aún los pueblos del norte del Paraná.

pueblecito (39), me contó cómo había observado el empeño que tenían por conservar las prácticas que los Padres jesuitas habían enseñado tantos años a sus padres; tiene cada familia en sus casas un lugar para oratorio, donde cada tarde se reza el rosario, el catecismo y otras oraciones; todas las mañanas se juntan de madrugada en la iglesia, separados los hombres de las mujeres, y en los días de fiestas los indios cantores y músicos acompañan el santo sacrificio. Díjome que él mismo había cantado una misa de requiem acompañándola en canto llano los indios. Quedan todavía algunos pocos pueblos de estas misiones al norte del Paraná (40).

"Al nordeste del Paraguay hay una gran provincia llamada el Chaco o Ciaco, que confina con el Perú. El celo de los misioneros, especialmente de los jesuitas, no ha podido reducir a nuestra santa religión los indios que la habitan, cuya ferocidad y embrutecimiento han resistido siempre la luz de la fe, multiplicando los mártires de Jesucristo (41). Dígase otro tanto de los indios de las pampas, al sur del río de La Plata, donde los jesuitas tuvieron tres o cuatro misiones, con escaso o ningún fruto (42).

"Desde Montevideo aquí, hemos empleado setenta y siete días, en los que el Señor nos ha librado de todos los peligros del mar. Monseñor, el abate Sallusti y yo, gozamos de perfecta salud. Presentan a V. E. sus más respetuosos saludos. Yo suplico a V. E. R. que me ponga a los pies de S. S., implorando para mí su bendición apostólica, mientras espero poder hacerlo. Dios mediante, por mí mismo, pues dentro de pocos días emprendaremos el viaje para Génova.

"Con la estima más sincera y con el más profundo respeto, beso a V. E. R. la sagrada Púrpura.

"De Vuestra Eminencia Reverendísima

"Humo. obmo. servidor,

"Juan María Mastai.

"Gibraltar, 5 de mayo de 1825."

Poco podía figurarse el joven canónigo, al firmar estas líneas, que un día le sería dado hacer más desde Roma por las misiones y el clero de su querida América española, que lo que hubiera podido obrar permaneciendo en Santiago o en Montevideo. Pío IX fundó en la Ciudad Eterna el Pontificio Colegio Pío Latino Americano, plantel de sacerdotes y obis-

(39) Por SALLUSTI, *ob. cit.*, IV, pág. 152, sabemos que se llamaba *Pablo Ant. Sala*, del que dice fué su confesor en Montevideo.

(40) Véase lo dicho al fin de la nota 38.

(41) Se refiere al martirio del iniciador de las misiones del Gran Chaco, P. Lucas Caballero (1709), y de otros jesuitas que continuaron su obra; cf. A. ASTRÁIN, S. J., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, VII, Madrid, 1925, págs. 501-507.

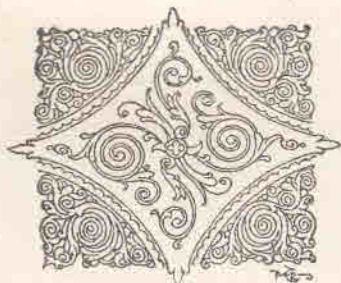
(42) La exactitud de la referencia puede confirmarse con ASTRÁIN, *ibid.*, páginas 623-627.

pos; se afaná porque la Compañía de Jesús extendiera por las Repúblicas sus colegios y misioneros, y a él se deben, finalmente, los orígenes de las dos gloriosas misiones modernas en Chile y la Argentina: la de los capuchinos entre los araucanos (1848), y la de los salesianos en Patagonia (1875) (43).

PEDRO LETURIA

Roma, 8 de diciembre de 1932.

(43) Cf. CLERICI, *ob. cit.*, pág. 165.



IMPRESA ALDECOA
: : BURGOS : :
11505